


Las Leyendas del Boinegro



Una zona curiosa por demás. Un pacto y una Carta de donación. La fortaleza medieval del «Boinegro». * Los estados del destronado Çeit. * Pintoresca reconquista del fuerte castillo. * Los tesoros encantados



Quizá la comarca del Arenós sea una de las más típicas comarcas valencianas. Por lo menos es interesante en extremo. Sus paisajes bravíos, cerrados hasta cerca de nuestros días a la civilización, aúnanse a la maravilla con leyendas y tradiciones.

Pero hay una zona gratamente curiosa. Es la que corresponde a la diócesis de Valencia. Todos aquellos pueblos y despoblados que la sagacidad política del gran conquistador Jaime I concedió en feudo de heredad al destronado moro Çeit algún tiempo antes de la colosal empresa de la conquista de Valencia.

En el río Mijares es todo interesante. Interesan los abruptos paisajes, que cortan a plomo gigantescas montañas para que las aguas conserven su pureza entre abismos y anfractuosidades; las masías de ensueño, perdidas entre severos acantilados y setos de verdes pinos; las fuentes de aguas medicinales, frescas y cantarinas; los pueblecitos, que recuestan sus encañadas paredes en las llanadas de los estrechos valles o en las faldas de empinada cuesta; los caminos, jalonados de piadosos hitos, que se reverencian con temeroso respeto; las nuevas iglesias y las antiguas, que sirven ahora de albergue a los Concejos municipales; las ermitas, colgadas como nido de cigüeñas en mitad mismo del camino del cielo; los archivos, con fondos documentales de góticos caracteres, cosidos a trozos de viejos antifonarios; los habitantes de villas, lugares y masías, sencillos y de patriarcales costumbres... Y sobre todo, las tradiciones y leyendas, que surgen con los impolutos encantos de su natural belleza.

Cuando nuestras manos, temblorosas por la emoción, desplegaban al sol del medio día, bajo la renacentista portada del XVI de la iglesia de Puebla de Arenoso, la Carta de donación de Don Jaime I, con su sello real prendido en deshilachadas cintas de seda, soñábamos en unos tiempos de grandeza y esplendor ya idos para siempre. Pero... no, que esa grandeza ha quedado incrustada en las propias raíces de la sierra de Espadán y en las tradiciones y leyendas, ricas y frescas como en pocos lugares. Como muestra de ello ocurriéronos ofrecer al lector unas cuantas de estas leyendas en éste y en otros números de VALENCIA ATRACCIÓN. Las de hoy son las relacionadas con el roquero, extenso y fuerte castillo del *Boinegro*, que la Carta de donación de 1236 llama *Boxnegro*.

Esta fortaleza medieval, de altas, gruesas y almenadas murallas, con restos de torreones y viviendas, está enclavada en el extremo norte del término de Argelita —lugar de reposo del moro Çeit, a dar fe a la leyenda—, mirando a Luchente, como para cerrar la salida del río Villahermosa. A sus pies desfilase el río entre impresionantes cortaduras, diferentes en cada vaivén del paisaje.

Destronado el rey almohade Çeit-a-bu-Çeit y acosado por Zaén, perdió todos sus estados, incluso los de la mayor parte del Arenós. Por las leyendas y tradiciones sabemos que no los perdió todos. Con el acoso de las fuerzas de Zaén quedó recluido en Segorbe, de donde parece salió para pactar con el propio Jaime I, en abril de 1229, en su nombre y en el de su hijo. Tenemos por seguro que el castillo de la *Viñaza*, en la Puebla, seguía en su poder y vino a servir como cabeza de puente para la reconquista de todo el Arenós. Mientras tanto, parece que algunos caballeros aragoneses —de Daroca, si hemos de aprovechar el dato de estar poblados casi todos estos lugares a fuero de dicha ciudad— vinieron a reforzar su guarnición hasta que con inusitada presteza emprendieron la reconquista de aquellos estados.

Adviértase que tomamos como base el fondo indudablemente verídico de las leyendas o tradiciones que a continuación vamos a referir.

Puesta en marcha la máquina de guerra de las huestes cristianas y sus aliados los moros fieles a Çeit, llegaron a los pies del castillo del *Boinegro*, que vanamente intentaron reducir con apretado cerco. Los moros tenían construída una secreta salida al río, por la que bajaban a proveerse de agua y de todo cuanto necesario les era. Los cristianos intentaron infructuosamente varias veces el asalto a la inexpugnable fortaleza, perdiendo algunos de sus hombres.

El desaliento comenzó a cundir en las filas de los sitiadores, que hasta llegaron a pensar en levantar el cerco, cosa que no debía ni soñarse porque podía comprometer el tratado estipulado con el monarca aragonés. Los moros, desde lo alto de sus murallas, burlábanse de los cristianos e invitaban con perdonés a pasarse a su lado a los secuaces del destronado rey.

De pronto ocurriósele a uno de los jefes cristianos la siguiente estratagema, tan puramente medieval que la oímos referir exactamente igual del Castillo de la *Moratilla*, de Siruela (Badajoz).

Con todo el secreto, para que no pudiera ser descubierto en manera alguna por los sitiados, reunió el mencionado jefe cuantos rebaños pudo encontrar en la comarca. Y una noche, con gran sigilo, los pasó a la Fuente de la Higuera —que es una vieja masía con deliciosa fuente, mencionada en el libro de *Pecha* de 1513, de Luchente, y con restos arábigos—, cercana al castillo y en el único lugar adecuado para el asalto. Cuando pasó la media noche, hora en

que los sitiados debían de estar entregados al más profundo sueño, puso hachones encendidos en las astas de todas las reses, las cuales, enfurecidas por lo extraño de aquel espectáculo, emprendieron desenfadada carrera quebradas arriba, llenando de fuego todas las laderas. Al propio tiempo gritos de guerra surgieron entre las peñas y un vocerío ensordecedor resonaba en los ecos de barrancos y precipicios.

Sorprendidos los moros, que dormían apaciblemente confiados en su guardia y en lo inexpugnable de la fortaleza, acudieron con sobresalto indescriptible a la parte donde parecía iban los cristianos a formalizar el ataque. Mientras tanto, por la parte opuesta y con todo el silencio, un considerable número de aguerridos soldados cristianos escalaba las murallas, apoderándose de los reales del castillo y abriendo de par en par sus puertas, por las que no tardó en entrar el grueso del ejército.

Viéndose perdidos, apenas si los moros ofrecieron resistencia, prefiriendo arrojarse por los precipicios en busca de una muerte segura antes que entregarse a los enemigos. Las mujeres, desmelenadas, que habían acudido a lo alto de las murallas para alentar a los hombres y ayudarles si preciso era, siguieron el ejemplo de sus maridos, arrojándose por la *Ventanica del Buey Negro*.

Cuando llegó el alba ya la enseña cristiana ondeaba victoriosa en los altos torreones de la ciudadela y se descubría allá abajo un informe montón de cadáveres, algunos de los cuales encontraron la clemencia del agua, que poco a poco iba borrando las denegridas señales de la sangre.

El botín no fué muy considerable, pues los moros enterraron en secreto lugar sus tesoros, que aun no han podido ser habidos. Más todavía. Es fama que uno de los moros agoreros dejó encerrar en un tesorero en un terrible Buey Negro —repárese en el topónimo *Boinegro*—, que ha dado nombre a la mencionada *Ventanica*.

La *Ventanica del Buey Negro* o *Boinegro* es una ventanica natural formada por la convergencia de tres grandes rocas, que presentan una forma triangular, en los mismos huecos de la muralla, y donde comienzan las imponentes cortaduras y declives inaccesibles. Desde Ludiente vese como una ventana cuadrada, colocada en la misma muralla, a través de la cual pasa solamente una vez al año la luz directa del sol.

Si tan de tarde en tarde se atreve el sol a hacer sus carantoñas a través de ella, más aún tarda en asomarse por la *Ventanica* el encantado Buey Negro, para hacer acto de presencia lanzando a los vientos un fuerte mugido. Precisamente lo hace por unos momentos al cabo de cien años y a las doce exactas del día. Al llegar su hora fatal asómase por la *Ventanica* con los ojos más encendidos que las propias ascuas, y da un pavoroso mugido que hace retremblar los cimientos de la ingente montaña. Todo eso no es más que un suplicante aviso por si algún mortal, con valor y piedad, quiere acercarse a deshacer el encanto. El valiente que se atreva a esperar la salida del Buey Negro y logre apenas tocarlo, deshará el terrible encanto, convirtiendo al punto en un montón de fabulosos tesoros al toro con su bravura.

Es fama en Ludiente que el tío N. y el tío X. vieron cómo el Buey Negro se asomaba por la *Ventanica*, y quedaron espantados de terror. Pero... no dicen ni el día, ni el mes, ni el año. ¡Ya merecería la pena ocuparse en el trabajo de esperar por un año entero! ¡Y la de aguantar la terrible presencia del torito!

Buscadores de tesoros han huroneado bastantes veces, infructuosamente, a lo largo del recinto de la fortaleza. Cuando eso ha ocurrido, los ojos todos de los pueblos hanse vuelto angustiosamente a lo alto del *Boinegro* como en súplica del rotundo fracaso, tocados de la natural envidia de que pudieran ser otros los agraciados, y se ha visto sonreír de satisfacción a muchas gentes ante el abandono de la empresa.

Ultimamente fué un pobre *masovero*, llamado por todo nombre y apellidos el Maroto, quien asentó allí sus reales, entre bestias de carga y pocilga, para abrir grutas y barrenar murallas. Cuando le dijimos que estaba perdiendo lastimosamente el tiempo y el dinero, con la desconfiada sonrisa del *masovero* sin cultura, respondió con toda malicia:

—Ande, que usted nada sabe desto. Nuestros *auelos* lo dijeron *asina*, y es verdad.

A N D R É S M O N Z Ó N O G U É S

Nota. — Aunque impropriamente damos el nombre de Arenós a todos los pueblos del Arciprestazgo valenciano de Villahermosa del Río (Castellón), que son los que comprende la donación del rey Don Jaime I, según la Carta que se conservaba en el archivo parroquial de Puebla de Arenoso. Ignoramos la suerte de este valioso documento.



«Puesta en marcha la máquina de guerra de las huestes cristianas...»

Dibujos de Pascual Llop